

Teoría de las relaciones de objeto

Para 1932, año de los más prolíficos y creativos de Klein, había logrado sistematizar la técnica más adecuada para tratar con el método psicoanalítico a niños desde muy temprana edad. Mientras tanto, transcurría lo más sobresaliente de su obra de lo que ni ella se había llegado a percatar. Descubría el mundo de las relaciones tempranas de objeto.

En su artículo sobre “El psicoanálisis de niños” (cap. 8) en su empeño por sostener sus descubrimientos dentro del marco de la teoría del superyó propuesta por Freud, consideraba que objeto y superyó eran comparables, que el reconocimiento por el yo del poder del objeto es equivalente al reconocimiento de las imposiciones del superyó. Sin embargo, en el capítulo 9 no mantiene su consistencia teórica y sostiene que el superyó es un compuesto por un conjunto de objetos introyectados dotados de funciones específicas, una especie de comunidad de objetos internos, con amplias posibilidades de relación con el yo y con la capacidad de cambiar su carácter a medida que el niño y la niña introyecten nuevos imagos. Este tipo de superyó que ella propone no es monolítico, es diferente del superyó estructural, unificado a partir de los padres edípicos introyectados, como concebía Freud.

Por lo tanto, podríamos decir que Klein empieza a edificar la teoría de las relaciones de objeto a partir de este capítulo en “El Psicoanálisis de niños”. (1932)

Escuela de las relaciones objetales

La expresión «relaciones objetales» se impone de manera inadvertida al lector de Klein. Terminó por dar origen a toda una corriente de teoría psicoanalítica, agrupada principalmente en la Sociedad Psicoanalítica Británica. La ausencia de una definición precisa ha sido importante, porque dejó el campo libre a empleos variados de aquella expresión.

La Escuela de las Relaciones Objetales incluye una cantidad de puntos de vista teóricos diferentes, y en general la integran aquellos analistas británicos que se centran ante todo en el estado y el carácter de los objetos.

Se la debe contraponer a la Escuela Clásica o Psicología del Yo, orientada más bien hacia los impulsos instintuales que dotan de energía al interés.

La Escuela de las Relaciones Objetales incluye a Fairbairn, Winnicott y Balint en particular, y, en general, a los llamados Psicoanalistas Independientes (Kohon, 1986) de la Sociedad Psicoanalítica Británica. Tienen en común una tendencia a dejar de lado los aspectos «económicos» de la energía instintual, y esto los distingue de los psicólogos del yo.

Klein singularizó su postura por su aceptación del instinto de muerte. Existen dos corrientes en la Sociedad Psicoanalítica Británica:

- (i) el marco originado en Fairbairn, que afirma categóricamente que el ser humano no es un buscador de placer sino un buscador de objetos, y
- (ii) diversas posiciones intermedias, teorías de dos factores (Eagle, 1984), que combinan la atención hacia los objetos con una teoría instintual. Todas estas posiciones se inspiran en Klein.

Sin embargo, no pocos psicoanalistas británicos sostendrían hoy que Klein no integra verdaderamente la Escuela de las Relaciones Objetales (p.ej., Kohon, 1986). Reservan esa pertenencia a Fairbairn, Balint y Winnicott. Guntrip (1961), por ejemplo, con intención de ensalzar a Fairbairn, trazó un determinado mapa de los progresos de la teoría psicoanalítica durante los últimos cincuenta años. Ese mapa se extiende a lo largo de una dimensión que tiene su punto de partida en la neurología científica de Freud, y que desemboca en una teoría psicológica basada en sí misma y no contaminada por la biología. Esta idea es de una simplicidad tentadora, pero se puede sostener que es un cuadro viciado, más seductor que sustancial. Es cierto, desde luego, que un péndulo ha oscilado desde la neurología científica y la biología hacia la psicología pura, y esto

Melanie Klein (1882-1960) – RELACION DE OBJETO

es sin duda evidente, pero el estilo melifluido de la pluma de Guntrip tiende a extremar el recorrido del péndulo. No obstante, la dimensión que destaca Guntrip es en efecto un rasgo notable del mapa. También lo señalaron Greenberg y Mitchell (1983) como un contraste entre un «modelo estructura/pulsiones y un «modelo estructura/relaciones».

Tanto el -biologismo- científico del que Freud partió como el «psicologismo» puro de Fairbairn (y Guntrip) son puntos extremos. Los seres humanos son biológicos y psicológicos al mismo tiempo, y una interpretación rígidamente biológica de Freud, lo mismo que un estricto rechazo de lo instintual en la inspiración de la psicología de Fairbairn, adolecen en definitiva de idéntica falacia: intentan reducir la dimensión total (biología-psicología) a un único y simple campo de estudio. Irremediablemente, la psique humana es atraída de continuo hacia uno y otro de estos dos polos que constituyen los extremos de la mencionada dimensión, y la teoría psicoanalítica tiene que reflejar esa dialéctica. También Klein, desde luego, estuvo siempre dividida en este dilema, que en ella se expresó como un intento de equilibrar su lealtad hacia la experiencia de sus pacientes con una lealtad hacia las miras científicas de Freud. Se sintió siempre incómoda, tironeada entre la biología y la psicología.

Kohon (1985) ha propuesto volver a dibujar el mapa siguiendo esta otra dimensión: la tensión que habitaba en Freud entre una biología científica de la psique y una psicología humanista y literaria se ha dividido, después de la dispersión de los vieneses, en una tensión entre psicoanalistas norteamericanos y británicos, en que estos últimos elaboraron una teoría «que se ocupa de la relación del sujeto con su objeto, no de la relación entre el sujeto y el objeto, que es una relación interpersonal» (Kohon, 1985, pág. 27).

Los comienzos de la teoría de las relaciones objetales.

Las relaciones del paciente cobraron cada vez más relieve a medida que Freud se veía obligado a conceder más importancia a la transferencia. La relación transferencial es la piedra angular de la práctica psicoanalítica, y toda teoría que se base en la práctica efectiva (lo que parece constituir una característica especial del psicoanálisis británico) inevitablemente situará la transferencia cada vez más en el centro de la teoría, así como de la práctica; esto implica traer al primer plano las relaciones del yo con sus objetos.

La transferencia escenificada: El caso Dora planteó a Freud un problema difícil, porque se lo había propuesto como un caso ejemplar con miras a una futura publicación. Puesto que Dora abandonó su tratamiento muy prematuramente, transcurridos tres meses, Freud tuvo que empeñarse en comprender su error. Advirtió que había pasado por alto la transferencia negativa y la intensidad de unas relaciones que se sienten como si fueran reales en su escenificación con el analista (Freud, 1905).

No obstante, fue otra clase de paciente la que planteó a Freud problemas que lo pusieron más firmemente sobre la pista que terminaría por llevar (a otros) al abordaje de las relaciones objetales. Esos pacientes eran los psicóticos, que, según descubrió, no desarrollaban una transferencia apropiada con él. A partir del caso Dora, estaba advertido de que no debía descuidar la transferencia, pero en realidad pensó que obedecía a la naturaleza de la esquizofrenia que estos pacientes no invistieran al analista con energía instintual. Y por lo tanto era imposible utilizar esta para inducir al paciente a superar sus resistencias. Freud «analizó» al juez Schreber sobre la base de las memorias que este mismo había publicado, porque consideraba que era el único camino abierto para comprender la psique de un esquizofrénico (Freud, 1911). Descubrió que el paciente había experimentado un «hundimiento de mundo»; entendía por tal que el mundo había perdido todo interés para él, o sea, no se investía (categorizaba) ninguna energía instintual en el mundo. En cambio, el esquizofrénico reconstruye un mundo imaginario de delirios y alucinaciones, como si fuera para llenar el lugar donde una vez estuvo el mundo real. Esta separación entre dos mundos, real y personal, tiene importancia como precursora del punto de vista de las relaciones objetales.

El narcisismo: En este punto (hacia 1913) Freud conjugó ciertas ideas enteramente novedosas. Lo movió a ello su deseo de enfrentar y demoler las afirmaciones de Jung en el sentido de que existían experiencias no libidinales. Jung era un psiquiatra con experiencia en pacientes psicóticos, a diferencia de Freud. Este había trabajado en un sanatorio neurológico con pacientes histéricos (neuróticos), y entonces, cuando Jung empezó a apartarse del movimiento psicoanalítico, Freud se resolvió a obtener una comprensión de los

Melanie Klein (1882-1960) – RELACION DE OBJETO

esquizofrénicos y a establecer las bases de una teoría libidinal de sus perturbaciones. Como consecuencia de todo esto, Freud en verdad comenzó a ver que en algún sentido la persona misma, o una parte de su self o de sus propias ideas, podía convertirse en objeto de sus energías instintuales. Así nació el concepto de narcisismo (Freud, 1914), desde el cual, finalmente, se desarrolló un interés por el objeto como tal (self u otro) que era investido con interés libidinal.

La introyección de objetos: El segundo gran paso innovador se produjo en 1917 con el ensayo de Freud «Duelo y melancolía». Durante algún tiempo, Freud había trabajado junto con Abraham en el intento de comprender las psicosis. El propio Abraham (1911) había escrito además un trabajo sobre este tema hacia la misma época en que Freud publicaba su ensayo sobre el juez esquizofrénico Schreber. No obstante, el trabajo de Abraham trataba de la psicosis maníaco-depresiva, lo que le concedió cierta ventaja sobre Freud. Lo interesante de la psicosis maníaco-depresiva es su carácter intermitente. El paciente atraviesa fases en que su afección remite, y vuelve a ser en apariencia más o menos normal. Abraham se propuso entonces analizar a estos pacientes durante los periodos de remisión. ¿Podría trabajar como lo hacía con un paciente neurótico? Descubrió que la respuesta era que en efecto podía hacerlo (Abraham, 1924). Esto atrajo el interés más a la afección maníaco-depresiva que, a la esquizofrenia, y el ensayo de Freud sobre el duelo y la melancolía contiene sus propias reflexiones sobre esta perturbación. El ensayo incluye magníficas descripciones de las condiciones de duelo y de melancolía (psicosis maníaco-depresiva), y en él produjo además un extraordinario desarrollo de su pensamiento conceptual. Mostró que el trabajo del duelo es un abandono lento, detalle por detalle, de la catexia de un objeto amado que se ha perdido. Mostró también que la condición de la melancolía es clínicamente semejante en muchos aspectos a la del duelo, y que implica un similar abandono de un objeto amado perdido. La diferencia, sostuvo, consistía en que el melancólico no abandonaba al objeto, sino que le daba un destino por entero diferente. Re-establecía el objeto en el interior de su propio yo, y allí seguía relacionado con él. Freud apuntó que este proceder obedece a la existencia de un elemento de muy intenso odio y furia hacia el objeto amado, y que el resultado es un intenso odio y furia dirigido al yo como si fuera el objeto. «La sombra del objeto -dice Freud cayó sobre el yo" (Freud, 1917). Llamó a esto «identificación».

En este punto, Freud había pasado a describir una fenomenología del objeto, dejando de lado la economía de las mociones instintuales. Después de haber descubierto este proceso en ex tremo interesante de la identificación, que de hecho produce una «alteración del yo», cuatro años después (Freud, 1921) mostró que la psicología de las masas se basa en la identificación. Para entonces, había producido el habitual pase de prestidigitación que ha sido el destino de tantos conceptos psicoanalíticos: si fueron descubiertos como fenómenos patológicos en pacientes, después se los llega a ver dondequiera, como un ingrediente esencial de la psicología normal.

La bifurcación de los caminos: Los pasos siguientes de Freud consistieron en presentar el desarrollo del superyó en tanto se basa en este proceso de identificación que supone la institución interna de los objetos edípicos amados que debieron ser abandonados por el niño pequeño (Freud, 1923). Entonces la frontera del yo aparecía permeable a objetos, y no a una mera energía instintual orientada.

Abraham, en el breve tiempo que le restaba hasta su muerte prematura, ocurrida en 1925, elaboró esta intelección de Freud sobre el proceso de internalización, en especial en orden a su conexión con impulsos pregenitales, Retomó las sugerencias de Freud de que la introyección se relacionaba de algún modo con el «canibalismo» y los impulsos orales y sádicos, y que tenía un proceso en espejo en la «proyección» o expulsión, conectada con los impulsos anales. La confluencia de ciertos mecanismos de defensa básicos con los instintos parciales y sus zonas erógenas correspondientes debió de parecer muy elegante, indicadora de una teoría que redondeaba su completamiento. Abraham se vio llevado a ver que introyección y proyección atañen ante todo al destino de los objetos, a su localización dentro del yo o fuera de este, y al movimiento entre esas dos posiciones. Y empezó a ilustrar esta teoría con ejemplos detallados y cuidadosos de expresiones vívidas que encontraba en la psicopatología de sus pacientes maníaco-depresivos.

Análisis de niños: Después de la muerte de Abraham, el impulso pasó a Klein, a quien él había alentado a analizar niños y elaborar su técnica del juego, que por feliz casualidad le abrió una ventana maravillosamente traslúcida sobre todo el campo de las relaciones objetales. Entregaba a sus niños una colección de objetos

Melanie Klein (1882-1960) – RELACION DE OBJETO

(juguetes) y los observaba mientras los hacían entrar en toda clase de relaciones. Entonces pudo ver los deseos instintuales re- presentados visualmente en presencia de ella como unas relaciones entre objetos de la manera más natural posible: la que es propia del juego de los niños.

La teoría kleiniana de las relaciones de objeto.

Lo que Klein descubrió enseguida con su técnica del juego fue que sus pacientes jugaban con objetos sus juguetes y, además, escenificaban dramas con la persona del analista. Parece que los niños muy pequeños tienen sentimientos en bien del objeto mismo, aunque este sea imaginario. Klein comprendió entonces que, desde el punto de vista del niño, sus objetos aparecían vivos, amables y amorosos, amenazadores, patéticos, y así: algo por entero diferente de los objetos tal como se presentaban en las descripciones de Freud. En síntesis, en la psique del niño existe una relación plena e intensa con el objeto concebido de la manera más animista y antropomórfica. Los objetos, incluidos los juguetes, vivían, sentían y morían. Cualquiera puede hacer, en el juego de los niños, estas observaciones simples que se contraponen a las descripciones de descargas instintuales sobre objetos pasivos.

Los objetos y los instintos: La lealtad de Klein a la teoría de Freud de los instintos siempre le dio la sensación de estar inserta con seguridad y firmeza en el psicoanálisis freudiano. Sin embargo, se propuso describir la experiencia que el paciente hacía de sus objetos, así como el contenido psicológico de las angustias referidas a estos. Descubrió que podía conservar los dos conceptos «objeto» e «instinto» cuando advirtió que las relaciones con objetos eran definidas exactamente por los impulsos originados en fuentes libidinales (oral, anal, genital). Y se encontró con que el niño creía que el objeto rebosaba de intenciones y motivaciones acordes con los impulsos libidinales activos en particular en el niño mismo en ese momento. El infante oral podía creer que el objeto era otro que, por frustración o venganza, podía morderlo. La relación del niño con el objeto es una fantasía en la que participan unos actores y una narrativa. En consecuencia, los objetos eran la tela de la vida de fantasía de un niño, y no meros medios para satisfacciones instintuales. Pero también son esto último.

Los vínculos teóricos entre relaciones objetales e instintos parecían de difícil determinación, y en 1939 los kleinianos organizaron un grupo de estudio, conocido como el Grupo de Objetos Internos, que se reunió de manera intermitente durante los años de la guerra para tratar de comprender y volver creíbles estos puntos de vista sobre los objetos. Varios trabajos fueron el fruto de esta labor (contribuciones a las Polémicas). A Susan Isaacs (1948) se debió el ensayo más importante, donde expuso la manera en que los instintos encuentran una expresión psíquica en una fantasía en la psique inconsciente (fantasía inconsciente): una fantasía de una relación con un objeto. He ahí una conexión de dimensiones biológica, psicológica y, en definitiva, social, dentro de la postura de Klein de las relaciones objetales.